

3]

PLOCLAMA DE UN AMIGO A OTRO.



Nobles y valerosos Conciudadanos : un amigo vuestro es quien os habla para haceros ver vuestras obligaciones en las actuales circunstancias. Nuestro amado Fernando arrebatado por la perfidia , y conducido como oveja al sacrificio , padece injustamente por su inocencia : nuestra Patria va á ser subyugada por un d3spota vil , que no conoce mas derecho que la fuerza , ni mas leyes que sus depravadas inclinaciones , parto de su soberbia ; y nuestra sagrada Religion puesta á las márgenes del sepulcro , va á sepultarse y á perderse hasta su memoria en un país donde siempre se ha conservado como en su origen. Nosotros blasonamos de cristianos , y de estar sellados con la sangre del Hijo del Eterno : ¿ seremos pues tan inertes que miremos con ojos de indiferencia las desgracias que nos cercan ? ¿ habrá alguno entre vosotros de un alma tan baxa y abandonada , que cierre sus oídos á los irresistibles y penetrantes gritos de la razon ? Desgraciado el que piense de un modo tan vil : todos le señalarán con el dedo , y pasará la memoria de su ignominia y oprobio de generacion en generacion hasta la posteridad mas remota. Buen ciudadano se llama aquel , que solamente estima su vida en quanto es útil para defender su Rey y su Patria de las opresiones de los enemigos que la inundan , y conservar la Religion que ha aprendido de sus mayores , y que estos han defendido hasta sellar sus victorias con su sangre. Mirad que no es un espíritu de gentilismo el que nos debe animar para una empresa tan justa como necesaria : es un espíritu que se debe formar en virtud de un juramento que hemos hecho , conforme á los derechos natural y divino , de defender á nuestro Rey , nuestra Patria y nuestra Religion , y los descuidos mas ligeros son crímenes que no merecen la mas leve indulgencia. Desengañaos , valerosos Lorquinos : para vencer al enemigo , es necesario hacernos fuertes , despre-

ciando los trabajos y las incomodidades, venciéndonos á nosotros mismos, y dexando á un lado las intrigas, causa de nuestra desolacion; porque el que no sabe padecer, no tiene gran corazon. No hemos de ser en nuestras conquistas como las fieras nacidas en la aspereza de las grutas, que solo obran por instinto, debe ir el valor acompañado de la prudencia, teniendo una perfecta subordinacion á nuestros Gefes, que saben mas bien que nosotros lo que nos prescriben. Tengamos firme confianza en el Dios de los Exércitos, y pongámos por medianera á María Santísima de las Angustias, para que nos saque de las muchas que nos rodean: de este modo irá la victoria delante de nosotros, como el rayo veloz que desprendiéndose de la nube obscura, parece va á exterminar á los mortales. Corramos tras de esas miserables reliquias del decantado exército del Corzo abominable, y recobremos las riquezas que nos han usurpado con pérdida de sus vidas ó de su libertad. Y vosotros, infelices Franceses por ignorancia, disipad las que os impiden el conocer las erradas máximas de vuestros Caudillos; militad baxo las banderas de mi amado Fernando VII, y vereis la diferencia que hay de este á vuestro intruso Napoleon. Este inclinado á la guerra, querrá siempre mantenerla para dilatar sus dominios, y os arruinará. ¿Qué importa á vosotros que vuestro Emperador sujete á todas las Naciones, sujete á la España misma, si os hace mas infelices arrancándoos de vuestros hogares, y del seno de vuestra amable familia, á la que jamas volveréis á ver, pues esta Nacion será vuestra sepultura y la del tirano? Además las guerras prolixas arrastran siempre muchos desórdenes, pues se descomponen hasta los mismos vencedores en la confusion de los tiempos. Corred el velo de la historia, y vereis lo que cuesta á la Grecia haber triunfado de Troya. Estuvo por mas de diez años sin Rey que la gobernara; desfalleció la agricultura, las leyes y las artes; se vieron obligados á tolerar el mayor mal de todos, que es la licencia, y á servirse del ministerio de

hombres indignos, como vosotros lo hicisteis en la revolución. Jamás una Nación ha tenido un Rey conquistador, que no haya sido obligada á tolerar muchos males que la soberbia del mismo le ha ocasionado. Un conquistador, embriagado de su misma gloria, arruina á toda su nacion vencedora, no menos que á las vencidas. Troya está hecha cenizas, es verdad; pero fuera mejor para los Griegos que se estuviera con todo el esplendor de su gloria, y que aun disfrutara el afeminado París el amor de la infame que dexó á su esposo:: Pero ¿dónde se ha retirado mi fantasia? Dexemos á un lado los sucesos acontecidos muy distantes de nosotros, y examinemos lo que actualmente hoy sucede. Vosotros habeis conquistado á Italia, Nápoles y Etruria, ya con engaños, ya con armas: por espacio de catorce años ha corrido la victoria delante de vuestras bayonetas, y sin embargo de todo esto sois víctimas inmoladas por el valor español. Esto no es una quimera, Franceses: las campiñas de Tarragona, Manresa y Gerona son un teatro donde habeis representado la lastimosa tragedia de vuestra desgracia. Los desgraciados ceraceros, treidos invulnerables, han caido al golpe fatal de las espadas catalanas: los vencedores de Marengo, Austerlitz y Gena han sido rechazados por ocho veces con ignominia de las puertas de la invencible Zaragoza: la sangre de los aguerridos soldados del ejército grande ha corrido por las inmediaciones de Valencia, enrojeciendo las copiosas corrientes de sus arroyos, y hasta las mugeres; que vergüenza! la han sacado de vuestros pechos á impulso de sus puñales. ¿Dupont? ¿Dupont? acude con presteza al socorro de tus compañeros en el robo y la crueldad; envia una porcion de tus invencibles tropas que auxilien, no á los soldados intrépidos de Bonaparte, sino á un corto número de prófugos, que la ligereza de sus pies ha libertado de los umbrales de la eternidad. Pero ¡ó el mas miserable de los mortales! ¿dónde está aquella gloria de que blasonabas poco tiempo hace? ¿dónde aquella sober-

hía y vana arrogancia con que creías poderte escapar de las sabias disposiciones del invicto Castaños? ¿dónde la fortaleza de tus soldados? Todo ha desaparecido en un momento, como la débil nubecilla desaparece á los impulsos del recio Aquilon. Ya te ves conducido prisionero por los mismos campos y praderías, de las que te creías poco tiempo hace absoluto señor. El tesoro que habias formado de los vasos sagrados que sacrilegamente habias robado á las Iglesias, y de las alhajas violentamente arrebatadas á aquellos habitantes, cuyos umbrales pisaste para su desgracia, te se ha huido de entre las manos. Pero no desfallezca tu ánimo; no creas que serás tú solo; serás sí un vivo retrato de las demas Divisiones francesas, pues esto solo ha sido un ligero ensayo de las Tropas españolas. Las Aguilas francesas servirán de eterno monumento, que dé un testimonio auténtico del valor y restauracion de la Nacion española.